

hizo suyas las desventuras de los campesinos que sufrían en torno suyo; a Kropotkine, ese poderoso anciano, sombra protectora de los oprimidos de la tierra y a tantos otros que sin las altas dotes de estos poseyeron, hasta el sacrificio, el valor y la constancia. A Eliseo Réclus cuya vida ejemplar estuvo siempre al servicio de la clase proletaria y el que desde la tumba os repite esta sentencia definitiva: «Los oprimidos no hallarán libertadores fuera de sí mismos». Quiere esto decir que los progresos de toda índole que ocurran en vuestra clase deben ser de iniciativa vuestra, sustentados y robustecidos con los empeños asociados de vosotros, sin contar con intermediarios extraños. Desechad, pues, esa peligrosa ilusión parlamentaria, de los que os halagan las orejas diciéndoos que con leyes del Congreso obtendréis becas para vuestros hijos en el extranjero, protección contra los accidentes del trabajo y hasta una casa del pueblo para que en ella vayáis a discutir vuestros intereses, antagónicos en la mayoría de los casos con los de la minoría dirigente (la Cámara inclusive). Recordad que el Congreso ha decretado dos veces, si no me equivoco, la creación de una Escuela de Artes y Oficios para vuestros hijos. ¿Existe? No deis oído a los ardidés de sirena que emplean los politicastos para que les aseguréis con vuestros votos una posición ociosa y decorativa en el Congreso. Entre los valores tradicionales de la política que tendréis que revisar en lo futuro y echar abajo, está esa desastrosa superstición parlamentaria y democrática.

Que sea objeto de vuestro estudio y meditación la vida y la obra de estos vuestros amigos verdaderos, —artistas, inventores, pensadores— que a la distancia en el tiempo y en el espacio, os reconforten con sus enseñanzas durables y saludables. Que salgáis de aquí propuestos a estudiar la Historia del Trabajo en las dos direcciones de que os hablé al principio. Sin este estudio careceréis de tradición, como quien dice, de apoyo, de estímulo, de guía, de ejemplo que imitar o desechar, caminaréis a tientas en un presente que no os explicáis, hacia un futuro más incierto aún.

Y convertid en hechos vuestros propósitos de mejora. Recordad que el infierno está empedrado de buenas intenciones; con ello os digo que éstas no bastan para luchar como buenos; es preciso que las realicéis; haced vuestra vida de proletarios más alegre y más sana, saliendo a nuestros bellos y luminosos campos en los días de fiesta. Allí leed a Réclus y él os enseñará a comprender las bellezas del arroyo

y de la montaña, las profundas enseñanzas que la Naturaleza presenta a la consideración inteligente de quienes la estudian. Esto, por otra parte, sería una amena cultura del patriotismo, ya que sólo conociendo, recorriendo nuestros campos natales, aprendemos a amarlos. Además, con ello continuaréis la tradición de nuestra raza: los antecesores griegos ennoblecieron el cuerpo, lo cultivaron para que fuera bello, escultural, sano. Considerado como un don divino, el cuerpo humano debe ser naturalmente la morada de un espíritu magnánimo. Las excursiones campestres os pondrían en contacto con el campesino, cuya conciencia oscura hay que iluminar: naturalmente alejado de los negocios espirituales, sin los anhelos ni las inquietudes del que desea mejorar, arrastra una vida sórdida, sin ideas, triste. ¡Cuanto se haga por dignificar, por embellecer su vida es un bien para el país y para la libertad humana!

Asociaos para hacer vuestras casas bonitas, higiénicas y confortables, ya que en ellas pasaréis casi todas las horas del estudio y del descanso. Asociaos para discutir los asuntos que os interesan como ciudadanos y como obreros y haced las mejoras por vuestra propia cuenta, a medida de vuestras fuerzas, sin esperar auxilios de intervenciones extrañas que os cobrarán el ciento por uno.

Haceos vuestro calendario de trabajadores y que entre los días del año

fijéis los que más os convengan para dedicarlos al culto del Trabajo: deberes de gratitud tenéis para los que han inventado nuevos aparatos que facilitan el trabajo de vuestras manos; para los que han descubierto y domado las fuerzas naturales que centuplican el fruto de vuestros esfuerzos; para los que han muerto gloriosamente en las jornadas de la libertad proletaria; para las trágicas víctimas del trabajo campesino y urbano; para los pensadores que os han señalado en sus escritos el camino de vuestra redención; para los artistas que sintieron las nobles actividades del trabajo y las inmortalizaron en la novela, el cuento, el lienzo, el mármol; leer sus libros, estudiar sus obras, recordar su vida, meditar sus altos pensares; todo esto puede servir de estímulo para asociaros en fiesta pública. Sin olvidar a vuestros niños, a quienes debéis festejar, para que vivan contentos y sanos y puedan a su debido tiempo, recoger la herencia de belleza y libertad que les leguéis.

Reconforta ciertamente ver asociadas a vosotros en este día, como en los demás del año, a vuestras valerosas compañeras. ¡Qué sean bienvenidas! Ellas lo merecen; su sexo solo es ya una garantía para que de hecho y definitivamente las incorporéis a las fiestas del trabajo. Creo que el trabajo como actividad creadora que se convierte en un hábito fecundo y placentero, a las mujeres se debe. Han sido ellas las iniciadoras de la agricultura y de las formas primitivas del trabajo: el casero, el que se hacía en familia, como lo vemos entre los patriarcas de la Biblia o en las páginas encantadoras de La Odisea.

Al paso que el hombre primitivo se dedica a la cacería, a la pesca o a la guerra sanguinaria, o al ocio placentero, sus resignadas compañeras son las que trabajan; son las que mantienen en el hogar la brasa encendida, la brasa bienhechora, de la cual saldrá con el tiempo la fragua, la fundición de los metales, la creación de las industrias, la formación de la ciudad, de la civilización, en una palabra; son las que cardan las lanas, las que estimularon la invención del telar y con él los vestidos; de la estufa y con ella la cocina, es decir, la salud, el regocijo del alimento, la vida familiar y social, el hogar, el matrimonio, que es sacrificio, en un solo término.

Es la mujer la que fija en la humana especie los hábitos de observación que el trabajo bien hecho implica y que desarrollados en el hombre han sido el semillero de in-



LA COPLA ESPAÑOLA

Dibujo de FEDERICO BELTRÁN

(Comedia, París).